

1. Despedida en Faraneto

Ya había comprado el pasaje para emigrar a América. Era principios de diciembre de 1923. Mi madre no quería que dejara Italia, pero en pocos días más, yo saldría del puerto de Génova para la Argentina. Una de esas últimas mañanas juntos, mi madre me dijo que bajáramos al bosque de Faraneto a recolectar las últimas castañas de la temporada. Fuimos después del mediodía. Antes de salir, nos cambiamos los zapatos por los viejos que usábamos sólo para caminar en el bosque. Ella se abrigó con un saco tejido de lana azul, después puso un canasto más chico dentro de uno más grande y me los dio para que los llevara. Yo cerré los botones de mi abrigo, y partimos. La noche anterior había caído la primera nevada y esa mañana habíamos sentido mucho frío dentro de la casa, pero ahora, mientras avanzábamos hacia el bosque, la racha de sol que nos iluminaba nos entibiaba los rostros. Las montañas habían amanecido con los picos blancos y sobre el camino de tierra encontrábamos cada tanto pequeñas manchas de nieve fresca y blanda. Después de media hora, pasamos por el castillo de Faraneto y en unos minutos más, llegamos al bosque de castaños. Teníamos que apurarnos para no volver a casa demasiado tarde porque cuando bajara ese sol débil, empezaría a sentirse el frío otra vez. Pero mientras tanto, ahí, en el bosque, estaríamos bien. Siempre hace bastante calor en los bosques, un calor húmedo y un poco sofocante aun en invierno. Dejamos los canastos sobre una piedra y nos sacamos los abrigos. Mi madre buscó dos ramas largas para separar las hojas caídas y extendió una hacia mí. Tomamos distintos senderos entre los árboles y nos fuimos alejando el uno del otro hasta que dejamos de vernos, pero sentíamos las hojas crujir secas bajo nuestros pasos y aunque no podíamos vernos, sabíamos que estábamos cerca. Separé la hojarasca con la punta de la rama buscando las castañas. A esa altura del año, ya no había tantas. Ese día en el bosque, mi madre y yo tratábamos de juntar las pocas que quedaban. Algunas

estaban todavía envueltas en sus erizos y al juntarlas, varios pinches se me clavaron en las palmas. Esa tarde el trabajo nos llevó bastante más tiempo que otras veces. Cuando vi que el canasto estaba casi lleno, busqué a mi madre para volvernos. Yo tenía la cara húmeda de transpiración. Me sequé la frente con un pañuelo. Ella también tenía calor y estaba cansada. Pero no bien abandonamos el bosque, sentimos otra vez el aire helado de la montaña que nos lastimaba la cara. No era tan tarde todavía, tal vez un poco más de las tres, pero se había ido el sol y el aire se había enfriado mucho. Entonces nos pusimos otra vez los abrigos, y cuando ella terminó de abrocharse su saco de lana, me agarró de los brazos. Sus manos estaban rojas por las espinas de las castañas. Te salvaste de la guerra, me dijo, regresaste a casa, pero de esta América a la que vas ahora, ya no regresarás. Sus dedos abiertos presionaron suavemente mis brazos ¿Entiendes lo que pasará?, me preguntó. No nos veremos nunca más, hijo. Hubiera querido decirle algo pero no lo hice porque no pude, porque no encontré las palabras. Entonces volvimos. Caminamos a la par el uno del otro hasta el castillo. La subida se hizo fatigosa porque estábamos cansados y porque cargábamos el peso de las castañas. Recién cuando pasamos el castillo me le adelanté unos pasos a mi madre. Ya oscurecía. Faraneto fue quedando muy atrás, cada vez más lejos. Aunque yo no la veía, sentía detrás de mí la respiración agitada de mi madre. La atmósfera estaba calma, quizás nevara otra vez por la madrugada porque todo estaba muy quieto, menos nosotros dos, que seguimos caminando así, uno detrás del otro el resto del camino.

2. Él quería regresar

Él quería regresar a Peli para abrazar otra vez a su madre,
reír otra vez con sus hermanos.
Cuando volviera a Italia,
pensaba mientras regaba los tomates de su quinta en la Argentina,
no avisaría a nadie.
Quería que lo vieran avanzar,
subiendo el camino de montaña
que lleva a la casa.
Es empinada esa subida,
pero él se detendría cada tanto
para recuperar la respiración
y mirar las montañas.
Llegaría a Peli por la tarde.
Tal vez su madre estuviera juntando unos hongos
o un poco de romero para las papas.
Tal vez su hermano hubiese llegado recién de trabajar la tierra
y ahora estuvieran mojándose la cabeza transpirada
con un poco de agua fresca,
o limpiando las herramientas
para volver a usarlas al día siguiente.
Él llegaría sin avisar.
Que todo fuera como una aparición, quería.
¿Quién lo descubriría antes?
¿Quién sería el primero en ver una mancha que se mueve en el camino
y avisaría a los otros que un hombre avanza hacia la casa?
¿Quién es ese hombre que está llegando?
Todos se interrumpen y dejan lo que están haciendo
y dan unos pasos lentos hacia el hombre
porque todos quieren restar la distancia que los separa,
pero avanzan preguntándose si es verdad,
si es él,
si ese cuerpo que asciende
por el camino de la montaña,
si ese hombre
es él, que está volviendo.

En la Argentina, por las tardes, mientras regaba los tomates
y pensaba estas cosas, se ponía triste
al mismo tiempo que se veía a sí mismo feliz ascendiendo
por el camino de regreso,
como si la felicidad y la tristeza
pudieran ser una misma cosa,

podieran desdoblarse
y permanecer, una,
mientras la otra se aleja siempre buscando
los abrazos que quedaron en Italia.

3. Escondida debajo de la mesa

Están todos sentados alrededor de la mesa de la cocina y me meto debajo para escuchar sin que me vean. Las voces llegan un poco desinfladas desde arriba y tal vez más suaves. Desde acá abajo se ven muy de cerca los movimientos que hacen todos antes de decir algo. Siempre es así, antes de hablar, se mueven. Se rascan la rodilla, juntas las manos entre las piernas apretadas, se rozan un tobillo. Primero el cuerpo, después las palabras. Mi abuelo usa unas zapatillas de felpa para estar adentro. Antes de decir lo suyo, empuja con la punta de un pie el talón del otro hasta dejarlo afuera y recién entonces dice lo que tiene que decir. La felpa de la zapatilla es gruesa, rústica y tiene unos pelos cortos, uno poco duros. Mientras él habla, yo paso mi mano sobre el empeine enfundado y siento en la palma la suavidad un poco pinchuda del paño. Cuando termina de hablar, mi abuelo descuelga su brazo debajo de la mesa y hunde su mano en el vacío porque sabe que ahí estoy. Sus dedos buscan los míos hasta engancharlos y así nos quedamos. Es un instante en el que alcanzo a oír mi respiración como un soplido caliente. Y aunque todos sigan alrededor, nosotros dos estamos solos ahí, como están solos siempre los que se comprenden y saben cómo encontrarse aún en la penumbra.

4. Un pájaro se mueve en la nieve

Todo amaneció blanco, sólo ese pájaro pequeño se mueve en la nieve y atraviesa también los ojos quietos de los que contemplan detrás de los vidrios la vida fría de la montaña. Es un punto oscuro que va de un árbol a otro. Ese pájaro. Lento, porque tal vez tenga un gramo de nieve sobre el ala, ahí afuera es el único que corta la blancura y empuja el aire helado con su cuerpo.